



El
Manager

Juan Bolea



David J. Singra, asesor de imagen, dirigió la campaña del actual presidente del Gobierno. Víctor Amaral, manager de origen gitano, sueña con montar un concierto de Michael Jackson la Nochevieja del año 2000. Ambos viven rodeados de celebridades —o de aspirantes a serlo— a las que manejan o creen manejar a su antojo... Una sátira sobre un mundo dominado por la imagen, en el que los conciertos parecen mítines y la política puro *show business*.

Para Belén, Eduardo y Juan

*No matter what we get out of this
I know we'll never forget
Smoke on the water, fire in the sky*

DEEP PURPLE

*¡La gloria! ¿Qué cosa hay más perniciosa y
mortal?
¿Qué cebo más peligroso? ¿Qué vapor más
capaz
de trastornar las cabezas mejores?*

BOSSUET

Capítulo 1

Evocando su figura tengo la sensación de que su historia estaba escrita desde un principio. Que David pertenecía a esa clase de hombres atrapados por un destino. Hombres indómitos, agnósticos. ¿Creyó en algo alguna vez?

No le había visto desde hacía un par de años, pero sabía de él por Risco, el redactor jefe de sucesos, el amigo de los muertos, y por otros muchachos de la redacción. Se recordaban en *El Comercial* sus historias de mujeres, su insolencia, aquella manera suya de vestir y mirar a la cara.

Sin que nadie supiera por qué, había abandonado su despacho del centro, aquella empresa de políticos y tráfico de influencias con la que debió de hacer dinero a finales de los ochenta, para recluirse en una vieja casa situada en los cerros, al oeste de la ciudad.

Aunque carecía de verdadero talento, siempre quiso ser un creador. De modo que yo podía imaginarle con aspecto desaliñado, sosteniendo un tazón de café frente a una mesa de tablas, convocando en vano la violencia de la inspiración... Pero algo me decía que mi antiguo reportero volvería pronto a modelar la única arcilla que en sus manos tomaba seductoras formas, el barro de la ambición humana.

Cuando empezó a llover vio la luna derramarse en una herida de sangre. David J. Singra siguió nadando con lentitud. El manantial que abastecía la casa era muy frío.

Un relámpago trizó el cielo. Tronó. Singra permaneció en la piscina cubriendo su largo con rítmicas brazadas. Na-

daba con la cabeza dentro del agua, pero de vez en cuando emergía para sentir la lluvia salpicarle la cara.

Como un galope de animales invisibles se abatió el granizo. Singra corrió al porche bajo una lluvia de hielo.

No escuchó el motor. Dos faros amarillos deslumbraron el jardín. El dueño de la casa se arrojó con un albornoz y cruzó el sendero hasta la verja.

Una sombra avanzaba. No distinguió el rostro hasta que estuvo a un metro.

—Disculpe —dijo el extraño—. Por venir a estas horas. Y con tormenta.

Apartándose, David J. Singra le franqueó la entrada. Acuchillado por corrientes de aire, el interior de la casa revelaba el desorden de un hombre solitario: pilas de discos de vinilo, revistas por las alfombras, cuadros torcidos de estilos distintos.

—¿Prefiere cambiarse? —dijo el visitante—. Puedo esperar.

En pie junto al escritorio, el intruso dejó que la luz lo desvelara oblicuamente. Usaba un traje claro. El pelo, corto y duro, estaba teñido de negro.

—No se inquiete por mí —murmuró Singra. De un cajón extrajo una botella incolora. Sin ofrecerle, llenó un vaso.

—¿Sabe quién soy?

—He oído hablar de usted, señor Embún —dijo Singra distraídamente; su voz era floja, neutra.

—¿Qué le han dicho?

—Que no tiene palabra, pero paga bien.

La expresión de Jesús Embún se endureció. Singra reparó en la protuberancia de las cejas, que le conferían una apariencia vagamente selvática.

—También yo he oído rumores sobre usted —replicó Embún en un tono en el que se mezclaban la autoridad y el despecho.

Singra notaba el sabor del cloro en la boca, la espalda húmeda, pegada al cuero del sillón. Advirtió:

—Me esperan a cenar en el centro.

—No le aburriré. Cenará usted en la ciudad. He venido a formularle una propuesta. Quiero un escaño en las próximas elecciones. Tenemos seis meses para trabajar. Sé que es poco tiempo, pero también que es usted el mejor.

Embún tomó aliento:

—¿Qué responde?

El agua del pozo era gélida. Singra sentía el frío en la médula de los huesos. Al coger el vaso de licor le tembló la mano. Por el hueco de la ventana, conjurando la oscuridad, un relámpago iluminó los granados del jardín.

—Hay otros especialistas. Mejores que yo.

—No es esa mi información.

—Hace años que no trabajo.

—¿Jubilado? —sonrió Embún escrutando los lienzos con una mirada viva—. ¿Se dedica a pintar? Mi mujer dibuja, ¿sabe? Acuarelas, cosas así.

Hizo una pausa para rascarse el cuello.

—Le pagaré cinco millones por la campaña. Quince si salgo elegido.

Como un pálpito de ansiedad David J. percibió el calor de la adicción anidando en la cavidad de su estómago, el vértigo y el veneno del éxito. No quiso responder en el acto. Miraba el tafilete arruinado por marcas de tinta y brasas de tabaco. Imágenes en blanco y negro se agitaron en su memoria. Vería la multitud, las cámaras. Y allá arriba el ángel de su sexto sentido, el duende de su inspiración, culpable de su mala fortuna, sonriendo como solía hacerlo cuando ambos creaban un nuevo monstruo. Casi pudo sentir el olor de los estudios, el sabor artificial de los canapés de las madrugadas electorales. Vería el perfil de Rebeca Montenegro revisando el maquillaje del candidato presidencial antes del último debate, y luego, con la rabia ya gastada, los imaginaría a los dos, juntos, en algún lugar discreto, hablando del futuro y acaso de él, de Singra, de cómo evitarle el oprobio.

—Quince millones, Singra.

El asesor regresó al presente.

—Lo siento, y se lo agradezco. No.

—¿Es por el alcalde? Sé que son amigos. Puedo hablar con él. Lo entenderá.

—No insista.

La tormenta estallaba en un sordo fragor. Embún se había levantado y paseaba con las manos a la espalda. Era más ancho y menos alto de lo que en principio había juzgado el asesor. Caminaba con el pecho hacia afuera, como si una lesión de espalda le obligara a impulsar la pelvis. De su ropa emanaba un olor extraño. Habló deprisa:

—Usted no sabe quién soy. Casi nadie lo sabe, en realidad, ni siquiera mi esposa. Me gusta considerarme hombre de acción. No me gusta hablar de mí. Tengo cincuenta y cuatro años. A los catorce, mi padre nos abandonó. Tuve que ponerme a trabajar. A los dieciocho gané mi primer millón. A los treinta compré las Torres Rosadas. Desde los cuarenta figuro en la lista de los veinticinco hombres más ricos del país. Lo tengo todo, menos ese escaño. Por eso le necesito, ¿entiende?

—¿Una vocación tardía? —insinuó Singra, sin simular el matiz irónico.

—Como su amor por el arte —repuso al instante Embún; hizo una pausa y prosiguió, ahogándose—: Se lo explicaré. Le aseguro que sé de qué hablo. Durante los últimos años he sobornado a ministerios enteros. No he conocido a un solo político de raza, salvo, tal vez, Feyto. ¿Cuánto le pagó, por cierto? —Ante la expresión de Singra, Embún se moderó—. Ya sé: no es asunto mío. —Modificó el tono, haciéndolo más ronco, con un barniz radiofónico, ensayado, como quien preludia una declaración solemne—: Quiero entrar en política para hacer algo grande por mi país. Dígame cómo estamos. Sin prestigio, sin impulso, hundidos en la corrupción.

—¿Se ha propuesto salvar la patria?

—Le aseguro que puedo alzar más de una bandera.

—Hasta eso es una cuestión de precio.

—¿Cuánto?

—Estoy retirado, amigo. Acuda a otra agencia. Puedo recomendarle varias.

—Quiero que trabaje para mí. Mejoraré la oferta.

El asesor lo evaluó con calma. Un trueno retumbó muy cerca.

—Su pretensión es irreal.

—¿Por qué?

—El electorado nunca confiaría en un candidato como usted. ¿A cuál de las Cámaras pensaba presentarse?

Embún vaciló.

—Su única posibilidad, y remota, está en el Senado — opinó Singra, luchando contra el átomo de actividad que palpitaba en su interior; también crecía el desprecio—. Usted —añadió con frialdad—, solo tiene dinero.

La entonación de Embún se empozó. Singra se fijó en que al hablar apenas separaba los labios.

—Estoy dispuesto a invertir.

—En cualquier caso, no menos de ochenta o noventa millones.

El empresario lo miró, impertérrito.

—Por mucho menos he comprado a algún ministro. ¿Cuánto para usted?

—Está obsesionado con los ministros. ¿Sabía que yo pude serlo? Treinta por adelantado, gastos aparte. —Singra aguardó a que el silencio asentase su oferta, para agregar —: Piénselo.

—Lo haré —murmuró el visitante, sin mitigar la corriente de ira que ensanchaba su voz—. Créame que lo haré.

Dejó la puerta abierta al salir, bajo la lluvia de hielo, Singra vio los faros de un automóvil grande alejándose en la noche del solsticio de verano de 1999. Sonrió sin ganas y llamó al perro, que se alejaba persiguiendo al coche.

Yo llegué a su casa más tarde, de madrugada, después de que el chófer se hubiese perdido por las colinas. David salió a recibirme con un paraguas desportillado y aquella sonrisa que apenas lograba ocultar su cinismo. Había bebido, pero lo noté tan optimista y lúcido como en sus buenos tiempos. Como cuando acababa de seducir a otra mujer y me relataba las lujurias de ese amor con los ojos brillantes.

Capítulo 2

—Comprendo... —murmuró Amaral sin comprender porque estaba pensando en los muslos de Vanessa Bocángel.

Sostuvo el auricular contra la clavícula, descansó las botas en la mesa de diseño, distrajo la vista hacia la panorámica urbana. El humo del cigarrillo de hachís le hizo entrecegar los párpados. Asintió con lentitud, destacando el peso de las sílabas:

—Dos millones de dólares, producción aparte. OK.

Colgó y siguió fumando. Contempló las fotografías de su escritorio. En los jardines de la Casa Blanca, Ronald Reagan y él se estrechaban las manos. Ambos sonreían hacia la cámara. «Como auténticos actores», pensó Amaral. Le gustaba aquella foto. Con el paso del tiempo su imaginación había ido enriqueciendo la escena a base de anécdotas más o menos falsas. Por supuesto, durante el cóctel habían conversado un poco acerca de todo. «Sí, también con Nancy», solía añadir Amaral si había captado el interés de alguna mujer susceptible de acabar la noche en su cama. Pero lo peor había sucedido durante la cena. «Cuando Elton se empeñó en colocarle a Reagan uno de sus pares de gafas...» A veces, Amaral se veía obligado a explicar que «Elton» era Elton John.

«Hasta qué punto puede ser perra la vida», pensó el manager esa mañana porque los periódicos imprimían una foto de Reagan, víctima del mal de Alzheimer. Un anciano con una gorra de baloncesto arrastrándose por los hoyos de un campo de golf...

Volvió a observar las fotografías de la Casa Blanca. Era tan alto como Reagan. Más grueso, aunque no, aún, como para temer por su índice de colesterol. Refulgía al término de los ochenta su infalible sonrisa: el guiño cómplice de un ogro solidario. No acababa de sentarle la barba, pero prefería su rudeza al aire lampiño en que lo desamparaba un riguroso afeitado. David J. solía recriminarle su afición a bigotes y perillas, letales, a su juicio, para un negocio basado en la imagen, en la seducción física. Amaral nunca tuvo en cuenta tales advertencias. Además, Singra no ocupaba ya su despacho del piso dieciséis. Ahora era él, Amaral, quien dirigía en solitario los destinos de la División Musical de Estación Búfalo. La primera compañía, bromeaba, que no había conseguido quebrar en su azarosa carrera. La firma, afirmaba, que debía conducirle a la gloria.

A menudo, según confesaba en sobremesas de licores y porros, su cerebro, la mente miscelánea del mánager, se detenía en el recuerdo de David J. Singra, su referencia profesional hasta que alguien —¿Rebeca?— o algo —¿un odio compulsivo hacia lo semejante?— los distanció. Seguían jugando al tenis, aunque cada vez con menos frecuencia, y tomaban alguna copa en sus bares de solteros, donde habían disfrutado noches salvajes; pero ya no era lo mismo. Desde su divorcio, pensaba Amaral, Singra parecía haberse transmutado en un habitante del páramo, en una criatura de ficción, un alienígena. «Lástima de chico —acostumbraba a decir el promotor cuando se aludía a su maestro por cualquier motivo—. Lo suyo era jugar a justiciero en una columna de prensa».

Sin embargo, no siempre conseguía eludir su influjo. «¿Habría contratado David J. a Michael Jackson por dos millones de dólares?», preguntó Amaral a Antonio Elhombre, su segundo de a bordo, mientras dudaba entre servirse una raya de cocaína o prender un habano. Decidió que ambas frivolidades podían resultar complementarias y procedió a alinear la primera dosis de su jornada laboral. «Con

toda probabilidad lo haría», resolvió sin mayores dudas, y sin escuchar a Elhombre, resistiéndose a prender el habano mientras se deleitaba con el aroma de las hojas secas, fuertemente prensadas. No había transcurrido suficiente tiempo como para que la ausencia de Singra se hubiese incorporado a los resortes ejecutivos de la compañía, incluidos los cerebros de Amaral y Hugo Plantagenet, directores de las principales divisiones de la firma. Cuando las circunstancias le situaban frente a una decisión difícil, Amaral padecía aún ese antiguo complejo: «¿Qué habría hecho en mi lugar David J. Singra?»

Esa madrugada había llovido. El cielo lavado irradiaba un puro azul. Desde la planta dieciséis, Amaral vio gaviotas y palomas planeando sobre las cúpulas de la catedral. El mánager aspiró la cocaína. Se le nublaron los ojos.

La noche anterior habían celebrado el cumpleaños de su mujer. Cenaron. Él se acordó de comprar un regalo. Hicieron el amor. Después comenzó a llover. Estuvo horas en la cama, quieto, desnudo, con los ojos abiertos, pensando.

La coca solía reconciliarle con el mundo, pero era temprano para experimentar lasitud. Últimamente se colocaba con rapidez. Se quedó solo en su despacho, en silencio, leyendo a poetas chinos y observando las piezas de arte abstracto que habían costado una fortuna.

Apenas quedaba nada de aquel niño de arrabal, criado en parcela de pobres, sin intimidad ni futuro. Su enfático castellano, sus ropas negras, de diseño, el pelo largo y limpio que le caía en bucles le daban un aspecto pulcro, vanguardista, que inspiraba confianza y estimulaba la tensión, la creatividad de promotores y músicos, predispuestos a impresionarle con nuevos proyectos.

Cuando se tropezaba en la calle con cualquiera de sus hermanos, cuyo aire calé los denunciaba, o con sus amigos de juventud, aquella pandilla de borrachos resacosos del barrio del mercado, célebres por sus enfrentamientos con la policía y con el resto de clanes que se disputaban la au-

toridad criminal de la zona, experimentaba una sensación de horror.

La última vez, por ejemplo... La última vez que había visto a Amador, su hermano mayor, montado en aquella ridícula motocicleta de reparto, circulando por las inmediaciones del mercado de abastos... ¿Había accedido a detenerse, a hablar con él?... No, ya no... Una fuerza le había oprimido en el asiento trasero del coche conducido por el chófer de Estación Búfalo. Mantuvo la mirada inmóvil hasta que la cazadora de Amador, sobre el manillar de su moto, hubo desaparecido del espejo retrovisor. Su hermano debía de tener alrededor de cuarenta años; aparentaba veinte más. El mánager había asistido a su boda y a los bautizos de sus hijos; incluso era padrino de uno de ellos. Pero se negaba a recibir a Amador en la empresa. Ni siquiera permitía que le telefonara a casa. Odiaba cuanto le recordaba su origen, su sangre.

No debía pensar así, reflexionó Amaral. No, si no quería difuminar los plúmbeos efectos de la coca y del cigarro habano, que lo habían transportado hasta el umbral feliz de los sueños. Ahora debía pensar en sí mismo, en su relajación, en su potencia creativa... y en Michael Jackson. Un gran concierto al aire libre. Un memorable *show* bajo las estrellas del desierto. «El concierto del siglo», murmuró mordisqueando la punta del puro, como acostumbraba a hacer cuando discurría un título.

—Vanessa —llamó por la línea interior.

Entró una mujer joven con el peinado en cresta y ajustados pantalones de cuero.

—Voy a salir. Tal vez regrese por la tarde. Conectaré el móvil. Anula la audición y la cena con ese crítico. Mañana por la mañana no quiero a nadie en este despacho. —Vanessa asintió anotando algo en su agenda—. Absolutamente a nadie, ¿has entendido?

Su colaboradora volvió a afirmar, sonriendo con alguna cautela; intuía que la estabilidad emocional de su jefe esta-

ba a punto de emprender un nuevo peregrinaje hacia el caos.

—No me dejan hacer nada —protestó Amaral—. Todo el mundo cree que puede verme, entrar aquí, presentarse a cobrar. Ya no hay reglamentos, distancias. No hay clases, ni clase. Solo impertinencia y vanidad. Estaré en el Casino —agregó.

—No creo que pueda ir —advirtió Vanessa, enrojeciendo.

—Me refería a... —sonrió él—. Te sentaría bien un *jacuzzi*, tal vez un masaje.

—Lo pensaré. —Vanessa se contempló las uñas, lacadas de azul vampiro—. Hay mucho trabajo. Si sales, ¿quién recibirá a Alba?

—¿A quién?

—La hija de Omar.

—La había olvidado. ¿A la una? —Vanessa lo confirmó en su dietario—. Bien, envíala con el chófer. La estaré esperando en la suite. Y a ti también —sonrió.

A las doce y media su Ferrari derrapaba por la carretera de grava que ascendía al Hotel Casino. Construido en una cima desde la que se dominaban las grises arenas del desierto, era un edificio plano y funcional, cuyo lujo quedaba reservado al interior.

En ausencia de su mujer, cuando necesitaba evasión o compañía amorosa, el mánager pasaba allí tumultuosos fines de semana. Tenía a su disposición una suite, que ocupaba con ocasionales amantes. Si no había sido capaz de seducir alguna nueva aspirante a actriz, cantante, presentadora de TV, el director del Casino, con quien, después de años de favores mutuos, le unía cierta amistad, se ocupaba de proporcionarle anónimas profesionales a las que se permitía frecuentar las salas de juego.

Aunque aparentaba no darle importancia, Amaral casi siempre perdía en las mesas. A menudo, cifras considerables. Le gustaba jugar fumando en un ángulo, sólidamente